

Niels Lyhne

Vida y muerte de un poeta



Niels Lyhne
Vida y muerte de un poeta

Jens Peter Jacobsen

Traducción
de
Concha García Espina.

Uetraherido



Primera edición: mayo de 2023

Título original: *Niels Lyhne*

Publicado por primera vez por Gyldendalske Boghandel, Nordisk
Forlag, Copenhague, 1880

© de la traducción: Concha García Espina, 2023

© de la presente edición: Editorial Letraherido, 2023

Avda. Pumarín, 7, Oviedo - 33001

www.editorialletraherido.com

ISBN: 978-84-126665-4-0

Depósito legal: AS 01563-2023

Maquetación y diseño: Ed. Letraherido.

Imagen de la cubierta: *Andreas junto a la ventana*, Edvar Munch

Impreso en España por Safekat

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917 021 970 - 932 720 447)

Todos los derechos reservados. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso por escrito de los titulares de sus derechos.

Niels Lyhne

Vida y muerte de un poeta

I

Bartholine tenía los ojos negros y luminosos de los Blid, con las cejas delicadas y rectas; también tenía su nariz atrevida, su barbilla marcada y sus labios carnosos. El paréntesis alrededor de las comisuras de la boca, que transmitía pena y sensualidad, también era herencia de familia, como los movimientos inquietos de la cabeza; pero sus mejillas eran pálidas y su pelo, que ondeaba ligeramente alrededor de la cabeza, era suave como la seda, a diferencia de los Blids, cuyo tono de piel era más rosado y bronceado y cuyo pelo era crespo y rizado, fuerte como la melena de un león.

Los Blid tenían la voz grave y profunda, con la que contaban historias de sus antepasados, cuyas ruidosas fiestas de caza, oraciones solemnes al despertar y mil y una aventuras amorosas eran parte de la tradición familiar. En cambio la voz de Bartholine era lánguida y descolorida.

Aunque yo la describo como era a los diecisiete años. Unos pocos años más tarde, después de que se hubiera casado, su voz se hizo más grave, sus mejillas adquirieron un tono más fresco y sus ojos perdieron algo de lustre, aunque parecían más grandes y de un negro más intenso.

A los diecisiete años Bartholine era muy distinta a sus hermanos y, a decir verdad, tampoco se parecía mucho a

sus padres. Los Blid eran gente práctica, que aceptaban las cosas como eran; hacían su trabajo, dormían a sus horas y jamás pensaban en más diversiones que la fiesta tras la cosecha y las tres o cuatro fiestas de Navidad. Nunca habían experimentado ninguna experiencia religiosa, pero jamás se les habría pasado por la cabeza ignorar sus obligaciones para con Dios, como jamás se les habría ocurrido no pagar sus impuestos. Así que decían sus oraciones de la noche, iban a misa en Pascua y Pentecostés, cantaban sus villancicos en Navidad y participaban en la cena del Señor dos veces al año. No tenían una especial sed de conocimiento. En cuanto a su sentido de la belleza, no eran en absoluto insensibles al encanto de las cancioncillas sentimentales y, cuando llegaba el verano y veían la hierba y el grano reverberando en los campos, a veces decían que era una época maravillosa para viajar por el país, pero su naturaleza no era poética; la belleza no les provocaba ningún entusiasmo, nunca experimentaban ningún anhelo vago ni soñaban despiertos.

Bartholine no era uno de ellos. No sentía ningún interés por las cosas del campo o los establos, ni tenía mano para la despensa o la cocina.

Bartholine amaba la poesía.

Bartholine vivía de poemas, de poemas soñados, y su fe descansaba en ellos más que en cualquier otra cosa. Padres, hermanas y hermanos, vecinos y amigos, ninguno de ellos había dicho nunca nada que mereciera la pena ser escuchado. Sus pensamientos nunca se elevaban sobre el nivel de la tierra y los negocios, sus ojos nunca se dirigían a nada que estuviera más allá de lo que tenían justo delante.

¡Pero los poemas! Los poemas vibraban con ideas nuevas, verdades profundas y escenas de la vida en el gran mundo, donde el dolor era negro y la alegría roja; resplandecían

con imágenes, chispeaban y deslumbraban con el ritmo y la rima. Todos eran sobre chicas jóvenes, nobles y hermosas, ¡ellas mismas nos sabían cuán nobles y hermosas! Sus corazones y sus amores significaban más que toda la riqueza de la tierra; los hombres las tenían en palmitas, las alzaban en el sol de la felicidad, las honraban y adoraban, y estaban encantados de compartir con ellas sus pensamientos y planes, sus triunfos y su reputación. Incluso decían que esas chicas afortunadas les habían inspirado sus planes y los habían ayudado a triunfar.

¿Por qué no podía ser Bartholine una de ellas? Esas chicas eran así y asá, pero ellas no eran consciente de ello. ¿Acaso sabía Bartholine cómo era? Y todos los poetas decían claramente que eso era la vida, no sentarse a coser, trabajar en casa y hacer tareas estúpidas.

Cuando el entusiasmo se apagaba, a Bartholine le quedaba poco más que el deseo tibio y mórbido de realizarse a sí misma, el anhelo de encontrarse a sí misma, algo que tenía en común con muchas otras chicas con un poco más de talento que la media. Pero era una pena que en su círculo no hubiera ni una sola personas distinguida que pudiera darle una medida de su propio talento. Ni siquiera había nadie parecido a ella. Así que Bartholine empezó a verse como un ser maravilloso, único, una especie de flor rara que había crecido en un clima inhóspito y apenas tenía fuerza para desplegar sus pétalos, que en un clima más cálido, bajo un sol más intenso, podrían florecer, altos y rectos, brillar cegadoramente y despedir un aroma embriagador. Bartholine soñaba constantemente con las regiones soleadas, el deseo de liberar su verdadero yo la consumía y se olvidada de que incluso los sueños más hermosos y los anhelos más intensos no añaden ni un centímetro a la estatura del alma humana —algo de lo que es fácil olvidarse.

Un buen día apareció un pretendiente.

El hombre en cuestión era el joven Lyhne de Lönborrggaard, el último vástago de una familia cuyos miembros habían estado durante tres generaciones entre los más distinguidos de la región. Como burgomaestres, recaudadores de impuestos u oficiales reales, a menudo distinguidos con el título de consejero de justicia, los Lyhne habían dedicado su vida adulta a servir al rey y al país con diligencia y honor. Previamente, en su juventud, habían viajado por Francia y Alemania y estos viajes, planeados cuidadosamente y ejecutados concienzudamente, habían enriquecido sus mentes ávidas de conocimiento con toda la belleza y los saberes que los países extranjeros tenían que ofrecer. Tras su retorno, las experiencias adquiridas en sus viajes no se relegaban a un segundo plano, como meras reminiscencias, como el recuerdo de un festín después de que la última vela y la última nota musical se hayan extinguido. No, su vida personal se construía sobre esos años de viajes; no dejaban que los gustos que habían adquirido languidecieran, sino que los nutrían y desarrollaban con cada medio a su alcance. Raros platos de cobre, bronces carísimos, poesía alemana, obras de derecho francés, filosofía francesa eran objetos cotidianos y tópicos de conversación en casa de los Lyhne.

Su porte tenía una elegancia anticuada, una gracia caballeresca, que curiosamente contrastaba con la majestuosidad exagerada y la pompa torpe de las otras familias de la región. Su conversación era cuidada, precisa y delicada, quizás un poco entorpecida por cierta afectación retórica, pero que de algún modo encajaba bien con sus figuras anchas y altas, con sus frentes que recordaban una cúpula, su pelo denso que se amontonaba en las sienas, sus ojos sonrientes y tranquilos y sus narices ligeramente aquilinas. Sin embargo la parte in-

ferior de la cara de los Lyhne era demasiado grave, la boca demasiado ancha y los labios demasiado carnosos.

El joven Lyhne tenía todos los rasgos físicos característicos de la familia, pero en menor grado; de igual modo, la inteligencia característica de la familia brillaba con menos intensidad en él. Las cuestiones intelectuales y los placeres artísticos no le inspiraban ningún deseo ni lo empujaban a una actividad febril. Él simplemente había aprendido a apreciarlos mediante un esfuerzo doloroso que nunca había sido recompensado con el sentimiento de que su talento personal se desarrollaba o con el orgullo de saber que su inteligencia era adecuada. La única recompensa que conocía era la de haber cumplido con su obligación.

Sus tierras, Lönborggaard, se las había dejado un tío que había muerto recientemente y él había regresado del tradicional viaje al extranjero para administrarlas. Como la familia Blid era la más próxima a su rango y su tío había sido amigo íntimo suyo, Niels fue a visitarlos, conoció a Bartholine y se enamoró de ella.

Que ella se enamorara de él era algo que se daba por hecho.

Ahí por fin había alguien del gran mundo, alguien que había vivido en ciudades grandes y lejanas, donde las torres de los castillos se recortaban contra el cielo soleado, el aire vibraba con el sonido de las campanadas, la melodía de los órganos y el susurro de las mandolinas, mientras las procesiones festivas, resplandecientes de oro y color, se abrían paso por calles anchas; donde había relucientes mansiones de mármol y las familias nobles presumían de escudos de armas, que colgaban de dos en dos en los amplios portales de sus casas, mientras las banderas y las cortinas ondeaban sobre los balcones de piedra abovedados. Ahí había alguien

que había pasado por calles que habían visto ejércitos victoriosos, por pueblos y campos que debían su fama inmortal a batallas sangrientas, por lugares donde el humo de los fuegos de los gitanos se elevaba sobre el bosque frondoso, con colinas con ruinas rojizas y valles llenos de viñas, por los que bajaban los ríos que movían las ruedas de los molinos, mientras los rebaños pasaban por puentes con grandes arcos, haciendo sonar los cencerros.

Lyhne no hablaba de todas estas cosas como lo hacían los poetas, sino como si fueran cosas sin importancia, con la misma familiaridad con la que la gente de casa hablaba de los pueblos de la región o de las cosas de la parroquia. Él también hablaba de poetas y pintores y a veces ensalzaba a un artista del que ella nunca había oído hablar. Él le mostraba sus pinturas y le leía sus poemas en el jardín o en la colina desde donde podían mirar las aguas brillantes del fiordo y el brezal parduzco y sibilante. El amor lo hacía poético, la visión ganaba belleza, las nubes parecían aquellas que sobrevolaban los versos de los poemas y los árboles tenían esas hojas que en las baladas suenan tan plañideras.

Bartholine era feliz, porque el amor reducía las veinticuatro horas del día a una sucesión de episodios románticos. Era romántico ir por el camino a encontrarse con él, estar con él era romántico, como lo era despedirse de él. Era romántico estar en la cima del montículo a la luz del crepúsculo y decirle adiós con la mano por última vez, antes de subir a su habitación pequeña y tranquila, donde feliz y entusiasmada pensaba constantemente en él; y también era romántico acordarse de él en su oración de la noche, por supuesto.

Bartholine ya no tenía sus viejos deseos y anhelos vagos. La nueva vida con sus cambios de humor le daba todo lo que deseaba; además, sus ideas y pensamientos se habían aclara-

do, porque tenía a alguien con quien podía hablar libremente, sin temer que la malinterpretaran.

Bartholine también había cambiado en otro sentido. La felicidad la había hecho más amable con sus padres, hermanas y hermanos; le descubrió que, después de todo, tenían más inteligencia y sensibilidad de lo que ella había pensado.

Y se casaron.

El primer año de matrimonio pasó igual que el noviazgo, pero cuando la vida conyugal perdió el halo de la novedad, Lyhne ya no pudo ocultarse a sí mismo que estaba cansado de buscar constantemente nuevas expresiones para su amor. Estaba aburrido de ponerse romántico y volar eternamente por el cielo de los sentimientos elevados y los abismos del pensamiento. Quería sentarse tranquilamente en su butaca y echar una cabezada, con la cabeza reposando bajo un suave cojín de plumas. Él nunca había pensado en el amor como en una llama inquieta y siempre viva, cuya luz intensa y vibrante ilumina cada rincón de la existencia, haciendo que todo parezca extraordinariamente grande y misterioso. Para él el amor era como el brillo tranquilo de los rescoldos en el lecho de ceniza de la chimenea, que emitían un calor sutil, mientras el crepúsculo sumía todas las cosas en el olvido y hacía que lo cercano pareciera todavía más cercano e íntimo.

Lyhne estaba cansado, exhausto. No soportaba ese exceso de romance. Añoraba la seguridad de sentir la tierra firme bajo sus pies, como un pez que se asfixia en el aire cálido ansía la frescura y la frialdad del agua clara. Tenía que terminar, algún día tenía que terminar. Bartholine no carecía de experiencia de la vida y había leído. Ella sabía tan bien como él que eso tenía que terminar. Él le había dado todo lo que tenía, pero ella quería más todavía. Era imposible, no tenía nada más. Solo tenía una esperanza, que la maternidad la cambiara.

Bartholine se había dado cuenta tiempo atrás con horror de que su idea de Lyhne estaba cambiando poco a poco, él ya no estaba en el pináculo altísimo en el que ella lo había colocado durante los primeros días de su noviazgo. Aunque no dudaba de que en el fondo era lo que ella llamaba una naturaleza poética, había empezado a sentirse un poco preocupada con la vulgaridad y el prosaísmo que empezaba a revelar su marido. Esto solo la hacía perseguir el romance con más pasión, Bartholine intentaba que las cosas volvieran a ser como antes, derrochando sobre él cantidades todavía más ingentes de sentimiento y entusiasmo, pero la respuesta que recibía era tan tibia que la hacía sentirse casi afectada y artificial. A pesar de su resistencia, intentó arrastrar a Lyhne consigo durante un tiempo; Bartholine se negaba a aceptar la evidencia, pero, cuando todos sus esfuerzos fracasaron, empezó a dudar de que su propio corazón poseyera realmente los tesoros que había imaginado, se volvió más fría, silenciosa y reservada, empezó a dejar tranquilo a su marido y a menudo salía sola para llorar por sus ilusiones perdidas. Porque ahora lo veía todo claro y estaba profundamente decepcionada de comprobar que Lyhne, en el fondo, no se diferenciaba en nada de la gente con la que había vivido. Simplemente la había engañado el hecho ordinario de que el amor, por un breve instante, lo hubiera dotado del glamour pasajero de la pasión, algo muy corriente entre gente de naturaleza prosaica.

El cambio en su relación también entristeció y dolió a Lyhne, que intentó arreglar las cosas y encender de nuevo la llama de la pasión, pero siempre en los momentos más inoportunos, con lo que lo único que consiguió fue convencer más todavía a Bartholine de qué grande había sido su error.

Así estaban las cosas entre marido y mujer cuando Bartholine dio a luz a su primer hijo. Fue un niño y lo llamaron Niels.